

EL OJO ABIERTO



que han de tener los hombres
cuando traten con las mujeres.

SATIRA NUEVA

Todo soltero me escuche
las letrillas de esta plana,
que voy á decir verdades
de lo que pasa en España.

Voy á dar principio
por las doncellitas,
que aunque sean feas
parecen bonitas.

Parece mentira
que así pueda ser,
en estas letrillas
nos lo han de hacer ver.

De seis años son muchachas,
uñeras son á los diez,
á los doce á los paseos
frecuentan alguna vez.

Forman un palique
con Juan y con Pedro,
con Manuel y Andrés,
con Francisco y Diego.

Así adelantan
en estos recreos,
por dejarlas ir
mucho á los paseos.

De trece á catorce años
piensan buscar un marido,
y por no ser menos que otras
tratan de hacerse un vestido.

Lo hacen elegante
de rico percal,
pero las enaguas
son de algún costal.

Si lo digo todo
me muero de risa,
mucho de percal,
poco de camisa.

Cuando tienen el vestido
quieren pañuelo de seda,
zapatito de charol
ó sea de buena tela.

Quieren chaquetilla,
su buen delantal,
peineta de moda
que pueda adornar.

Se arreglan la rosca,
se peinan los rizos;
las madres no deben
darlas estos vicios.

De quince á dieciocho años
quieren muchas las funciones,
bailes, comedias y toros,
estas son las diversiones.

Luego si ven otras
con mucha elegancia,
se mandan traer
tela de la Francia.

Que tenga ó no tenga
la madre dinero,
la dice la hija:

—El vestido luego.

Los domingos á los bailes
y por la noche al teatro,
la pasa toda en jarana
divertida con su majo.

Y eso ¿quién lo paga?
Sin duda un barbero,

un pintor, tallista,
sastre ó zapatero.

Pero si la dama
es algo bonita,
lo viene á pagar
aquel de levita.

La madre un poco enfadada
con su hija la Pilar,
va de comercio en comercio
buscando el mejor percal.

Entran en la tienda,
dicen al mancebo:

—¿Hay buenos percales?
sáqueme usted luego.

Diez ó doce piezas
luego la presenta,
y entonces la hija
se queda contenta.

Dice la niña:—Mamá,
este es el que á mí me gusta;
pero hay que advertir, señores,
que ésta al momento ajusta.

—Mida usted diez varas,
le dice al mancebo,
pronto y bien medido
le ha servido luego.

Se lo da en la mano
para replegar,
y ella se lo pone
en el delantal.

—Escuche usted, señorito,
luego le traeré el dinero
y si le parece bien
apúntelo usted, don Pedro.

—La verdad me dices,
lo voy á apuntar,
porque en mis negocios
se puede olvidar.

Se pasan los tiempos,
se rompe el vestido,
pero los dinerós
se echan en olvido.

Hoy las diré á las doncellas
las de ciudades y villas,
á las de aldeas y pueblos
que hacen muchas maravillas.

Unas en las plazas,
otras en el portal,
que parecen hijas
de algún principal.

Luego en los paseos
todas las criadas
van tan elegantes
que parecen amas.

Por esta razón, solteros,
os tienen como á Cupido,
ciegos de amor para siempre,
la verdad á todos os digo.

Así me los tienen
tan enamorados,
que á pocas palabras
se encuentran casados.

Pero si se pasa
el tiempo de un año,
aquí, caballeros,
está el desengaño.

Y dije en la hermosura
que tiene en el vestir,
y también de la elegancia
aún me falta que decir.

Pues oidme atentos
con mucha alegría,
el gozo que tienen
cuando hay una cría.

Dicen muy gozosas:
es un coronel,
es un capitán,
es un brigadier.

Acostumbran á decir:
Es mi hijo un general,
es un conde, es un marqués,
otras dicen: Es cardenal.

Le toma en sus brazos,
le baja á la calle,

se encuentra una amiga,
todo es á su madre.

La verdad me dices,
en nada me engañas,
pues tengo en mis brazos
lo mejor de España.

Todas las recién casadas
disfrutan un gran placer,
por estar con los maridos
no se acuerdan de barrer.

Pero éstas se visten
tarde á la mañana,
y luego á la tarde
descubren la cara,

Se van á fregar
á eso de las tres,
su esposo enfadado
la pega un revés.

El vestido sucio,
roto y sin coser,
hay muhas que sopas
no saben hacer.

Un amigo me decía
;Lo que sabe mi mujer!
asa huevos en la lumbre
y no se pueden comer.

Pero es tan astuta
y pone un guisado,
que siempre lo saca
todo avinagrado.

Una tarde fuimos
dos á merendar,
nos puso los platos
todos sin fregar.

Muchas hay que á sus maridos
los mandan á trabajar,
y todo el día lo tienen
con media libra de pan.

Ellas chocolate,
sus buenas cestillas
llevan á las diez
para el medio día.

Toeino y carnero
llevan de continuo,
sus buenos garbanzos
y un jarro de vino.

Viene el marido á cenar
y le presentan un plato
de habas duras y un huevo,
como si fuera algún gato.

La dice su esposo:

—Ven acá, mujer,
ven á acompañarme.

—No puedo comer.

Porque todo el día
tengo una jaqueca,
que casi me parte
de pies á cabeza.

También hay muchas casadas
que compran alguna cabra
y de ésta sale un cabrito,
he aquí una buena palabra.

No os fieis, solteros,
viudos ni casados
porque las mujeres
son peor que el diablo.

Con palabras dulces
ellas nos engañan,
y no hacemos caso
de lo que nos hablan.

Más vale de muchas
sopas con pimientos,
que de otras asado,
es verdad, no miento.

Cuando una se queda viuda

sale otra vez á danzar,
la que antes era Bernarda
lo quiere disimular.

Se pone compuesta
con rico vestido,
que quiere alcanzar
segundo marido.

Se mira al espejo,
se sale á la plaza,
esto le sucede
hasta que lo alcanza.

En las últimas letrillas
si me escucha algún soltero
le dirá al que esté á su lado:
¡Qué verdad nos dice el ciego!

Yo de buena gana
no me casaría,
pero me aconsejan
mi hermana y mi tía.

Si me quedo solo
me obliga el casar,
que de esto ninguno
se puede librar.

Ya no alcanza más mi pluma
porque soy poco letrado,
y quien pone estas letrillas
es un ciego aficionado.

No nos pongas más,
dice una mujer,
que si no te quito
tintero y papel,
y toma la perra
que pides por él.

FIN

MADRID.—IMPRESA UNIVERSAL, Cabestreros, 5.